

Diciembre 2008

Poesía. Colección Apuntes de Estética ARTIUM***A veces Patti Smith se llama Arthur, y otras veces Bob.*** Benjamin Prado

Algunas personas son demasiado crueles para ser un héroe y otras demasiado inteligentes como para que las cosas les ocurran por casualidad. No es casual, por tanto, que sean Bob Dylan y Patti Smith, dos compositores cuyas canciones tienen a menudo el rango de un buen poema, quienes hayan encabezado una campaña internacional para salvar la casa de Londres donde los poetas franceses Arthur Rimbaud y Paul Verlaine mantuvieron un romance legendario en 1872, y donde tanto uno como otro escribieron algunos de sus versos más célebres. Dylan y Smith han señalado siempre a Rimbaud como una de sus principales influencias, ambos lo mencionan en sus obras, él le puso a su guitarra eléctrica el nombre del poeta y ella ha llegado a publicar un poema en el que cuenta un sueño erótico con el joven padre de todos los escritores malditos: «el joven arthur merodea / por la granja (¿roche?) la bomba el pozo / artesiano. lanza vidrio verde conocido como desecho de cristal. / me pega en el ojo. // estoy arriba en la habitación vendando mi herida. él / entra. se apoya contra el dosel. sus mejillas rosadas. / aire desdeñoso manos grandes. lo encuentro endiabladamente sexy. / cómo ocurrió pregunta indiferente. demasiado indiferente. / levanto el vendaje. muestro mi ojo ensangrentado hecho un desastre, / un sueño de Poe. se queda asombrado. // se lo explico rápida bruscamente. alguien me lo hizo. tú me lo hiciste. / se cae sobre la cama. llora. me coge por las rodillas. lo tomo del pelo. que no hace sino arder en mis dedos. fuego espeso de zorro. suave pelo amarillo. pero ese inconfundible tono rojo. rubedo. reflejo rojo. pelo de Él. // oh, Jesús, cómo lo deseo, sucio hijo de perra. lame / mi mano. me sereno. ve rápido tu madre espera. se / levanta. se está yendo. pero no sin la mirada de / esos fríos ojos azules que destroza. ese que duda / es mío. estamos sobre la cama. le he puesto un cuchillo en el / delicado cuello. dejo que gotee. nos abrazamos. devoro su cuero cabelludo. piojos gordos como pulgares de bebé. piojos caviar de cráneo. // oh, arthur, arthur, estamos en Abisinia Aden. haciendo el amor / fumando cigarrillos. nos besamos. pero es mucho más. azul. / charco azul. denso lago de aceite. las sensaciones se condensan, se avivan.] / golfo cristalino. bolas de cristal de colores que explotan. / la costura de la tienda bereber se deshilacha. aberturas, abiertas como una cueva, se abren más, entrega total».

Los caminos de la admiración son largos, y por eso no es de extrañar que la misma Patti Smith, que descubrió a su ídolo en 1964 al ver su foto en la portada de un ejemplar de las *Iluminaciones*, pusiera su nombre en ese manifiesto que exigía salvar el nido de amor de Rimbaud y Verlaine en el número 8 de la Royal College Street, en el distrito de Camdem, donde el primero redactó parte de *Una temporada en el infierno* e *Iluminaciones* y el segundo comenzó sus *Romanzas sin palabras*. La iniciativa dio sus frutos, porque un rico admirador de la obra puso el dinero necesario para salvar el edificio y hacer de él un centro de poesía en honor de la pareja. Y la fidelidad de la autora de *Horses* a su maestro también tuvo premio, al ser condecorada por el gobierno francés con la Orden de las Artes y las Letras, entre otras cosas, por su difusión de la obra de Rimbaud en el mundo anglosajón. En cualquier caso, no cabe duda de que «fidelidad» es una buena palabra a la hora de definir las afinidades literarias de Patti Smith, porque si la sombra de Rimbaud se proyecta en todo su trabajo como compositora y poeta, también lo hacen las de otros creadores que estuvieron desde el principio entre sus maestros, como William Blake, Jean Genet, Federico García Lorca –al que reconoce que solía imitar en sus comienzos, de los que recuerda «una cosa muy lorquiana», titulada «El almendro», que hablaba de un muchacho que mataba a su hermana y a su madrastra bajo la luz de la luna, y que acababa con él exclamando: «¡Dios, muertas sois tan frías como cuando viviais!»– o el propio Dylan, con el que ha hecho alguna gira conjunta en la que cantaban a dúo canciones como «Dark Eyes» o «Knockin' on Heaven's Door» y para el que incluyó en su libro *Seventh heaven* un poema titulado «Sueño de perro» después de que ella y su amigo Sam Shepard tuviesen a la vez el mismo sueño sobre el gran Bob: «has visto / el perro de dylan / tiene alas / puede volar / hablarle / de él / es la única manera / de que dylan te mire a los ojos». Un día se encontraron en Nueva York y él le preguntó por qué había escrito ese poema. Smith le contestó: «No te preocupes, sólo fue un sueño, Bob». Patti Smith suele repetir que tres momentos fundamentales de su vida fueron las alucinaciones que sufrió cuando estuvo enferma de escarlatina, el descubrimiento de los discos de Bob Dylan y el de la obra de Arthur Rimbaud. Los detalles de ese último encuentro los ha dado ella misma: «En 1964 me gradué en la escuela secundaria, sin formación y sin información sobre la vida. Conseguí un empleo en una fábrica. Era un lugar miserable y me sentí más extranjera que nunca. Todos los trabajadores eran demasiado jóvenes o no tenían educación como para trabajar en otro lugar. Nos pagaban por debajo del salario mínimo. Paga sucia, trato sucio, pero tenía libres los sábados y los usaba para ir a Philadelphia en busca de alguna magia al alcance de la mano. La encontré en una librería frente a la terminal de autobuses: *Iluminaciones*, de Arthur Rimbaud. La poesía me atraía, pero el rostro desafiante y perturbador que vi en aquella portada lo oscureció todo. Era el rostro del futuro aunque nacido en la Francia del siglo XIX. Antes de regresar a los campos de New Jersey, ese rostro fue mío. El lunes, de vuelta al trabajo, ya no estaba sola. Rimbaud y yo estábamos juntos en las entrañas de esa basura de fábrica. Fue mi salvación. Había un orgullo secreto en tener a alguien a quien se suponía que yo no debía tener. Alguien que era hermoso, oscuro y completamente mío. Cuyas palabras expresaban todo el noble egoísmo de la adolescencia: el dolor, el éxtasis, todos los ultrajes sufridos». El primer grupo de Patti Smith se llamó, naturalmente, Rock'n'Rimbaud.

La historia del genio francés, que empezó cambiando el rumbo de la poesía moderna y acabó vendiendo armas en Abisinia, le puso a Patti Smith bajo los pies un camino a seguir que la llevó al Soho de New York, donde encontraría a otras personas que iban a ser muy importantes para su formación, como el estudiante de arte y futuro fotógrafo de fama internacional Robert Mapplethorpe, los escritores Sam Shepard y William Burroughs, el pintor Andy Warhol o los músicos Lou Reed y John Cale. En ese ambiente, empezó a convertir algunas de sus ideas en canciones, en lugar de escribir sólo poemas, y el resultado fue *Horses*, un disco que llegó a admirar hasta a quienes lo habían inspirado en su parte musical, que fueron los líderes de la Velvet Underground: John Cale, que lo produjo, y Lou Reed, que se quedó atónito al oírlo: «Cuando la conocí, Patti me dijo que adoraba a la Velvet Underground, no sólo por mis letras, sino por

nuestro sonido. Cuando escuché *Horses*, le dije: ¡Diablos, Patti, qué disco! Dudo que yo pueda hacer algo mejor. Ella se rió y me agradeció el elogio».

Al año siguiente, nada más sacar al mercado su segundo álbum, *Radio Ethiopia*, cayó desde el escenario durante la gira presentación y se fracturó el cuello. Mientras se recuperaba, preparó y editó una versión ampliada de su libro de poemas *Babel*, cuya primera noticia es de 1974, y en el que, por cierto, vuelven a aparecer Dylan y Rimbaud, éste en «Rimbaud muerto», donde lo imagina en su agonía, inútil y a merced de sus horribles familiares, cuando «la conciencia le abandona. está iluminándose arrodillándose escalando montañas haciendo carreras. unas veces viajero y otras vidente. (...) en el muro hay un agujero. chincheta duchamp alfiler de luz, un iris abriéndose», y después ve su pierna de madera corriendo hacia el bosque a través de los árboles y «hacia el espacio puro, tan remoto y descolorido como el rostro del querido arthur un rostro ya incorpóreo y lleno de gracia. ojos hundidos, cerrados para siempre esos tesoros de cobalto». En cuanto a Dylan, además del poema sobre su perro, su serpiente y su pájaro, reaparece en otro que ya había aparecido en 1972, en *Seventh heaven*, y que está dedicado a Edie Sedgwick, la joven musa de los artistas de Nueva York muerta a causa de una sobredosis y a quien define como «la verdadera heroína de / rubia sobre rubia», en alusión al disco de Dylan *Blonde on blonde*: «oh es injusto / es injusto / cómo hacía volverse a los hombres / su pelo de armiño / tan rubio sobre rubio / (...) me sumaba / a su movimiento / y girábamos / y hacíamos girar la cabeza / de todo el mundo en la ciudad / (...) oh es injusto / cómo soñé con ella / y ella durmió / y durmió / para siempre / y ya nunca podré bailar / con ella».

En 1979, tras publicar su disco *Wave*, se distanció del mundo de la música para dedicarse a su familia, pero no dejó de lado la literatura, sacando al mercado libros como *Early Work* y *Woolgathering*. Hasta nueve años después no reaparecería como cantante, con *Dream of Life*. Pero ese disco, más que un regreso era otra despedida, porque no volvería a un estudio hasta que el dolor la obligó a hacerlo, tras la muerte de su marido y de su hermano. Entonces, en 1996, grabó el disco *Gone Again*. Le siguieron, ya a un ritmo regular, *Peace and Noise* (1997), *Gong Ho* (2000), *Trampin'* (20004) y *Twelve* (2007), en el que interpreta temas de Dylan, los Rolling Stones, Neil Young, Jimi Hendrix o Nirvana.

Pero la poesía no la dejó nunca, y en su trabajo como escritora no existen las zonas en blanco que muestra su faceta como compositora. Antes de sacar un sólo disco ya había publicado los libros *Seventh Heaven* (1972), en el que se incluyen los homenajes mencionados a Dylan y a la actriz de la Factory de Warhol, Edie Sedgwick, y otros a la aviadora Amelia Earhart, a Juana de Arco, al novelista Louis-Ferdinand Céline y a Marianne Faithfull, que en aquel tiempo también se movía por el lado salvaje de la ciudad: «te atraviesan cuatro veces / tu sagrado corazón sangra / gotea y gotea / las mujeres lloran a tus pies / doce hombres te rodean / doce hombres te desean / (...) una estrella de mar tiembla en tu vientre / (...) bendita sea tu caliente boca de virgen / eras Judas / y el propio Cristo / eras María Magdalena / la única mujer / que hizo llorar a nuestro salvador / (...) Pero no. No dejaré que te vayas. / No dejaré que te vayas. No. / No dejaré que la miel se escurra / de tu dulce dulce caja / no dejaré que la gente se ruborice y se quede boquiabierta / mientras llevas la cruz / no dejaré que las chicas de las flores te abaniquen / detrás del gran coche fúnebre negro / no dejaré que las perlas de tu boquita de niña / se desmigajen se desmigajen».

El breve poema sobre Céline también es una pista sobre las influencias que tuvo su poesía en esos años de *Seventh heaven*, que como suele ocurrir fueron diversas: «Por ese entonces», ha declarado la compositora de Chicago, «estaba leyendo a Mickey Spillane y me gustó su estilo martilleante, hecho con frases del tipo de “Corri. Bajé la calle a toda prisa. Y vuelta atrás”. Frases de tres palabras que son un auténtico escalofrío y que resultan muy efectivas. Me sedujo toda esa rapidez, y al mismo tiempo empecé a leer a Céline. Nunca he logrado acabar uno solo de sus libros porque son demasiado intelectuales, pero me fascinaba el hecho de que pudiese congelar cada palabra con sus puntos y seguido y sus puntos aparte, o que se atreviese a poner una palabra como “amarillo” y seguir con otros cuarenta vocablos que suenan como cuarenta movimientos de alguna clase de concierto. También me puse a leer a Michaux, que es muy divertido. En fin, que junté las tres cosas: la velocidad, el humor y el carácter sagrado de la palabra, y con ellas hice mi propia mezcla». *Seventh heaven* es uno de los libros más intensos de Patti Smith, en el que llama la atención el aroma onírico de sus ambientes y la fuerza de sus imágenes, ambos tan sugestivos que resulta fácil creerla cuando asegura: «La mayoría de mis poemas los escribo de dos modos distintos. A veces como si fueran una carta a alguien que nunca va a recibirla, y en otras ocasiones limitándome a transcribir mis sueños».

A Useless Death (1972) fue su siguiente libro, un largo poema feminista que recupera algunas de las claves que, en ese sentido, se mostraban en el poema «Female», de *Seventh heaven*, y que apareció en una edición cuya cubierta está hecha a partir de un dibujo suyo. «Estoy subida en un andamio. ¿Qué emoción! / ¡Qué está pasando? / Sospecho que es la coronación de la reina. / Pero no. Oh Dios. Estoy equivocada: / Es su ejecución. / Y estoy atrapada. / No puedo hacer nada por impedirlo. / Lo veo todo a vista de pájaro. / Observo el castillo. / Miro a la reina. / Nadie parece reparar en ella. / Y ella se mueve como dentro de un sueño, / ingravida, / lo mismo que si no tuviera nada que ver con lo que le están haciendo. / ¿Entiende / que su muerte está cerca? / ¡Cómo la admiro! / Ella es una verdadera heroína. / Inconsciente de su fuerza, / del modo en que el poder, el amor y la muerte / giran a su alrededor, / igual que si jamás / se hubiera detenido ante un espejo.»

Sus siguientes obras fueron *Kodak* (1972), *Early morning dream* (1972), que recupera textos antiguos a los que se añaden algunos inéditos, y *Witt* (1973), en el que se encuentran el mencionado «Sueño de Rimbaud», al que dedica el libro junto con William Burroughs, y otros textos extraordinarios, como los dedicados a los pintores Georgia O'Keeffe y a Pablo Picasso. En 1977, cuando su carrera estaba en su punto más alto, publicó un pequeño libro, más bien *plaque*, titulado *Ha! Ha! Houdini!* y la galería alemana Veith Turske editó un catálogo, *Patti Smith - Galerie Veith Turske* (1977), que reunía gran parte de sus poemas publicados, sus dibujos y fotos y algunas canciones. Una vez más, el nombre de Rimbaud está en el centro de esta actividad, porque a lo que fue Patti Smith a Colonia fue a hacer

una lectura conmemorativa del cumpleaños del poeta francés, En 1978 apareció la mencionada edición definitiva de *Babel*, al que siguieron *Woolgathering* (1992), *Early Work: 1970 - 1979* (1994), la prosa poética *The Coral Sea* (1996), concebida como un homenaje a Mappelthorpe; la recopilación *Patti Smith Complete* (1998); *Wild Leaves* (1999), *Strange Messenger* (2003) –publicado por el Museo Warhol de Pittsburgh, y que incluye cuadros, manuscritos y fotografías, entre ellas una impresionante serie de imágenes de las ruinas de las Torres Gemelas alternadas con las diferentes versiones de la Torre de Babel que pintó Breugel y con los nombres de las víctimas del atentado. Patti Smith acompaña las imágenes con algunos extractos de su diario, escrito en aquellos días de septiembre– y *Auguries of Innocence* (2005). También ha publicado algunos libros en colaboración, como los dos que salieron en 1976, *Angel City, Curse of the Starving Class & Other Plays* y *The Night*, firmados junto a Sam Shepard y Tom Verlaine.

Destaca entre esas obras *Woolgathering*, un tomo de pequeño formato pero de gran interés, porque es una buena muestra del modo en que Patti Smith cose la poesía a la prosa, logrando un texto sugerente, a ratos hipnótico, en el que se juntan la ecología –en algunos momentos que recuerdan al poeta *beat* Gary Snyder–, con el relato autobiográfico, aunque sea siempre narrado con la imprecisión matemática de la poesía, donde los símbolos importan más que la exactitud, y los hechos menos que su significado. Las líneas de *Woolgathering* fluyen entre una especie de niebla, en la cual las palabras parecen oírse de una forma muy similar a la que la propia Patti Smith dice escuchar a los enigmáticos personajes de su historia «de vez en cuando, murmurando y silbando como si estuviesen más allá de un muro de algodón. Los oía pero sin poder descifrar ni el idioma que hablaban ni las melodías que elaboraban». Creo que apostamos sobre seguro si interpretamos el comienzo de *Woolgathering* como una declaración de intenciones que sirve para toda la obra de Patti Smith: «Siempre imaginé que escribiría un libro, aunque fuera corto, que me transportaría a un reino que no podría ser medido, ni siquiera recordado». Es decir, que fuese infinito como una abstracción y difuso como un recuerdo, porque trascendiera lo conocido a base de volverlo una parábola, de darle la autoridad de un emblema. Ese camino de lo tangible a lo metafórico lo sigue Smith en la mayor parte de sus trabajos, y en ese sentido es muy revelador uno de los capítulos de *Woolgathering*, el que se titula «Indian rubies». Comienza por contar que siempre ha tenido «una especie de mochila» que es «poco más que un trozo de tela curtida y atada con un nudo» pero de la que, cuando se abre, emana «un mundo definido por lo que contiene», sobre todo por una sortija en la que está engarzado un rubí «imperfecto y hermoso como la sangre», que procede de la India, donde algunos desdichados lavaban las gemas en la orilla del río para cambiarlas por arroz y que, de alguna manera, contiene el universo en su círculo: «En el anillo de la noche imposible todo es elástico» y al mirar a través de él pueden verse y se pueden sentir «el polvo de Calcuta, los ojos perdidos de Bhopal» y «las banderas sagradas ondeando como viejos calcetines en el cálido e irónico viento».

Si Patti Smith te da su tarjeta de visita y en ella pone: «Patti Smith, poeta», estará diciéndote la verdad. Todo lo que escribe, da igual si son poemas, prosas o canciones, es poesía, en formas diferentes. Y su actitud hacia la poesía también es siempre la misma, parte de la imaginación y la rebeldía, no resulta en absoluto difícil ver en cada uno de sus versos a la misma mujer que se encerraba a redactarlos en el Chelsea hotel y que al leerlo parecía poseída por ellos: «¿Patti Smith? Era fantástica», dejó dicho Joey Ramone, el cantante del grupo punk The Ramones, «cada vez que leía un poema, rompía el papel o agarraba una silla y la tiraba contra la pared. Resultaba increíble, magnética». Continúa siendo todo eso, tanto cuando miras hacia atrás y lees sus poemas de *Seventh heaven*, *Witt* o *Woolgathering* como cuando miras a tu alrededor y la ves con sus discos y sus libros de ahora bajo el brazo. Sigue siendo fantástica y si uno de sus dos maestros esenciales, Bob Dylan, ha acabado haciéndose amigo suyo y cantando a dúo con ella sus canciones, estoy seguro de que el otro, Arthur Rimbaud, la hubiera considerado un alma gemela y hubiese disfrutado leyendo sus canciones y bailando sus poemas.